

APORTE

En las garras del horror Nazi: dominicanos detenidos en el Frontstalag 122.

JOAN M. FERRER RODRÍGUEZ

El Campo de Royallieu, situado en la subprefectura de Compiègne, departamento de L'Oise, al norte de París, fue construido en 1913, durante la presidencia de Raymond Poincaré y bajo la gestión del general Joffre, para que sirviese de base al histórico 54o regimiento de infantería del ejército de tierra francés. Es decir que entró en funcionamiento poco antes del inicio de la I Guerra Mundial, en un lugar no muy lejano al de la firma del armisticio del 11 de noviembre de 1918, que puso punto "final" al primer gran conflicto bélico del siglo XX. El complejo original, que cubría más de 20 hectáreas, estaba conformado por un total de 24 edificios principales, construidos en ladrillo, de 60 metros de largo por 15 metros de ancho, dispuestos en forma de "U", entre los cuales había cocinas comunes, comedores, letrinas y área de lavandería.

Remozado en el periodo de entreguerras fue, no obstante, tomado por los alemanes en los primeros compases de la II Guerra Mundial (junio de 1940), quienes lo convirtieron en un campo de prisioneros, cercado con alambres de púas y torres de vigilancia, al que rebautizaron como Frontstalag 170. En una primera etapa, fue empleado para alojar a unos 6,000 efectivos franceses y británicos de la fuerza expedicionaria (BEF), capturados en combate y trasladados luego a Alemania, en convoyes que partieron desde la estación ferroviaria local los días 7 y 8 de diciembre de aquel mismo año. Antes, había operado también como lugar de acogida para refugiados civiles belgas y franceses que habían optado por abandonar sus hogares, huyendo del Blitzkrieg alemán.

Poco después, en 1941, se produjeron varios acontecimientos trascendentales, cuyos efectos sobre la evolución de la represión en Francia y, por ende, sobre el uso dado al campo de marras son acreedores de una mención especial. Dicho esto, no es exagerado afirmar que tanto el lanzamiento



de la Operación Barbarroja (que rompió con el pacto de no agresión germano-soviético y dio rienda suelta a la ofensiva de las tropas alemanas contra la URSS), como la *Aktion Theoderich* (proceso en virtud del cual fueron apresados numerosos disidentes políticos en los países ocupados), fueron ambas acciones encadenadas, perfectamente coordinadas, tendentes (en el caso de la última) a amedrentar y mantener a raya los posibles brotes de oposición interna.

A continuación, el recinto pasó a denominarse como Frontstalag 122 y, ya bajo la dirección del capitán Furtwängler, se convirtió en destino común para varios millares de "enemigos activos" del Reich: extranjeros (unos 500) cuyos países se encontraban en pie de guerra contra la Alemania Nazi, presos políticos (fundamentalmente comunistas franceses) y judíos que esperaban el momento de su deportación definitiva hacia el este. En términos administrativos, el campo operaba bajo la tutela de un oficial alemán y estaba custodiado por un celoso destacamento de la Wehrmacht, que se repartía en turnos.

De acuerdo con los testimonios ofrecidos por algunos internados, el predio estuvo dividido según categorías de prisioneros. De manera que los alojados en el Bloque B, extranjeros que, como se ha expresado, permanecieron en Francia luego de la entrada de sus

países en la guerra, disfrutaban de condiciones relativamente privilegiadas y tranquilas, tan solo susceptibles de ser alteradas por el frío, los bombardeos o la falta de abastecimiento. Si bien es cierto que hubo allí latinoamericanos, predominaban los norteamericanos, razón por la cual se le denominó popularmente como el "campo americano". Algo que contribuyó notablemente con el "bienestar" de estos detenidos, fue la eficaz labor de la Comisión Internacional de la Cruz Roja, que colocó al grupo bajo la protección de la Convención de Ginebra de 1929, obligando a los alemanes a brindarles un trato respetuoso y humano.

Porque los del Bloque A, conocido como el "campo comunista", por ser todos prisioneros políticos, padecieron condiciones muy similares a las de un campo de concentración convencional: teniendo por telón de fondo una mezcla de reclusos famélicos, fusilamientos, cadáveres apilados, sangre y excrementos. Es importante aclarar que existió, además, un Bloque C que se repartía entre rusos (blancos y rojos, mezclados) y judíos.

Aun cuando no se conoce la existencia de ningún reglamento interno, existen historias y declaraciones de supervivientes que afirman que los presos debían organizarse grupalmente y designar a un individuo encargado de

representarles frente a las autoridades alemanas y de elegir, a su vez, a quienes se ocuparían de ejecutar las tareas necesarias para el correcto funcionamiento del colectivo. De hecho, una exposición sobre el cautiverio particular de los americanos, montada en 2016, recoge el relato de René Castellanos, ciudadano norteamericano que sobrevivió a los rigores del confinamiento, quien aseguraba entonces que los reclusos impartían cursos y llegaron, incluso, a instalar una biblioteca.

En opinión de Tiphaine Dupuy, curadora de la muestra: los prisioneros "tenían derecho a recibir paquetes de la Cruz Roja, correo, visitas de delegados de la institución ginebrina y de sus familias y podían organizar numerosas actividades. Así, en el Campo B se produjo una auténtica efervescencia cultural. Entre los internos había músicos, diseñadores, cantantes y otros que pudieron expresar su arte gracias a los materiales proporcionados por la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA) en colaboración con el CICR".

Se sabe, por un informe de la Legación de la República Dominicana en Lisboa, del 23 de marzo de 1942, marcado con el número 144 y firmado por el embajador plenipotenciario Roberto Despradel que, durante la guerra, al menos cuatro ciudadanos dominicanos estuvieron encarcelados en el Campo B de Royallieu (Frontstalag 122).

Se trata de los nombrados Samuel Curiel, de origen judío sefardí por ambos costados, probable hijo de Samuel Curiel y Hannah Pereira (ambos naturales de Curazao); del comerciante Augusto Penzo, residente en París, hijo de Mario Ramón Penzo Amante (de otra línea de judíos sefarditas curazoleños) y Justine Latour; de Valerio Lajam Vásquez, casado con Carmen Jaquaniello, con quien había afincado en Le Havre y, finalmente, de Luis García, de quien no disponemos de mayores datos.

Es dable pensar, asimismo, que hubo quien se libró del rigor de los campos, pues un informe del Departamento Político Federal Suizo a la Legación Dominicana en Berna, fechado a 16 de marzo de 1942, avisaba que los "ciudadanos dominicanos" residentes en Alemania y en los países ocupados "tenían que presentarse periódicamente a las autoridades de Policía" y que les estaba prohibido abandonar su lugar de residencia.

Por lo que se refiere a Royallieu es preciso aclarar que fue, después de Drancy, el mayor centro de acopio de judíos que esperaban por su deportación a los campos de exterminio de Europa del Este. De las 50.000 personas que pasaron por Frontstalag 122 (aunque no todas fueron deportadas), sólo 4.000 sobrevivieron a la guerra. Por fortuna, en marzo de 1944 fue evacuado y sus ocupantes trasladados al asilo de Clermont-de-l'Oise. Pese a ello, hubo tiempo para una última deportación, a Buchenwald, que tuvo lugar el 17 de agosto, a escasos días de la liberación (26 de agosto). Tras la guerra, Royallieu volvió a manos del ejército francés y se utilizó para entrenar a reclutas de la Fuerza Aérea, hasta que en 2008 se inauguró un monumento conmemorativo, en los tres edificios que aún permanecían en pie.

Finalmente, solo resta agregar que este curioso hallazgo ofrece nuevas perspectivas de investigación para la historiografía dominicana sobre la II Guerra Mundial. La suerte de estos dominicanos se une ahora a la de otros aguerridos compatriotas, alistados en las filas norteamericanas, que también encontraron su destino en el teatro de acciones europeo, así como a la de los marinos que perecieron en aguas del Caribe a consecuencia de los ataques quirúrgicos llevados a cabo por los submarinos alemanes. No cabe duda de que detrás de estas cada una de estas historias sueltas, se esconden anécdotas extraordinarias, dignas de ser investigadas, contadas y recordadas.

Dupuy, Tiphaine. *Le statut des internés civils américains durant la seconde guerre mondiale*. En « Journées internationales de Compiègne des 15 et 16 mai 2015 ».

Labate, Pierre. *Le secteur « A » du Frontstalag 122 de Compiègne*. En « Les dossiers de mémoire vive » num. 2